

pero sus ojos se fijaron con tal expresión de tristeza sobre los de la joven, que esta no pudo menos de sentirse estremadamente conmovida. Hubiera dado toda su fortuna por retirar las palabras que había dicho, pero era ya demasiado tarde. Si no la hubiera contenido una especie de pudor, la volátil señorita hubiera tenido valor para hacer callar su amor propio y pedir francamente perdón al capitán.

Este llevaba muy alto el sentimiento de su dignidad para esponderse á nuevos desaires, saludó tristemente á miss Mac-Slane y se alejó de ella.

Descontenta desí misma Vilhelmina y afligida del pesar que acababa de dar al digno oficial que con tanto esmero y abnegación velaba sobre ella, hizo detener su carruaje y subió á su palanquin á fin de poder estar sola. Allí se hizo las mas amargas reconvenciones y buscó inútilmente el medio de paliar lo que había dicho al capitán. Maldijo el fastidio del camino y la ausencia de su padre, terminando todo con una crisis de lágrimas, después de la cual se quedó dormida en el palanquin.

Durante este tiempo Fitzmoor y el capitán indígena escuchaban la relación de un cipayo que acababa de llegar corriendo desde la retaguardia. Anunciaba haber divisado á lo lejos sobre el camino una banda de hombres armados.

—¿Cuántos son? preguntó Fitzmoor.

El indio respondió después de haber cambiado una mirada con Gopaul.

—Supongo que un centenar de hombres, entre ellos muchos á caballo.

—Es preciso hacer alto y ponerse en defensa, dijo Fitzmoor. Desgraciadamente este sitio no nos es muy ventajoso.

—Capitán, dijo Gopaul, á corta distancia de aquí hay una colina de rocas en cuya cumbre hay un rellano. No se puede llegar á ese rellano sino por un lado; los demás están defendidos por escarpadas rocas, cortadas á pico; lo que podía hacer vuestra señoría era situar el convoy en aquel rellano. En esta posición sería muy fácil defenderse contra los bandidos.

—Si vienen á caballo nos alcanzarán antes.

—Ese soldado dice que solo hay una parte de ellos, contestó Gopaul. Además dejad que miss Mac-Slane y las carretas sigan adelante con una docena de hombres solamente. Mandad á la retaguardia refuerzos con los que será fácil detener algún tiempo á los bandidos, sobre todo si los cipayos os ven entre ellos. Podría dejarse unos veinte hombres entre la retaguardia y la vanguardia, de modo que formasen un cuerpo de ejército, sobre que poder replegarse en caso de necesidad.

Imposible era ver nada mejor concebido y mejor calculado que el plan del capitán de los indígenas; pero Fitzmoor conocía muy bien el carácter indio para no estar siempre muy en guardia aun contra sus propios soldados. Su clara y penetrante mirada examinó como un escalpo cada una de las facciones del capitán indígena. Este ni aun movió las cejas. Fitzmoor reflexionó un instante. A pesar de su aparente indiferencia, Gopaul respiraba con ansiedad.... Por último Fitzmoor levantó la cabeza.

—Creo en efecto, dijo, que vuestro plan es el mejor que podemos seguir. Tomad veinte hombres, marchad adelante con las señoras y el tesoro. Vuestro teniente se quedará con la reserva. Yo voy á combatir con la retaguardia.

SEGUNDA SERIE.—1860.

Gopaul se inclinó hasta el suelo y corrió á ejecutar las órdenes de su jefe.

Diez minutos mas tarde la escolta se fraccionaba en tres partes, y Fitzmoor al dirigirse á la retaguardia dejaba á Vilhelmina á merced del pérfido Gopaul.

Comenzó el tiroteo: el capitán indígena, hizo redoblar el paso á su banda y desapareció muy pronto entre los juncos.

V.

ATAQUE Y COMBATE.

Gopaul recomendó á su teniente que marchase muy lentamente y se mantuviese lo mas cerca posible de la retaguardia. Al contrario él, hizo forzar el paso á sus soldados de modo que tomase una gran delantera. Así que hubo dejado cierta distancia entre él y el cuerpo de ejército, respiró mas libremente Gopaul. Se adelantó y permaneció ausente como unos quince minutos, al cabo de los cuales volvió á colocarse al lado del palanquin de Vilhelmina, y del que ya no volvió á separarse mas.

De repente, y en el momento en que atravesaban un paso estrecho y pantanoso en el que los carruages se atasaban hasta los ejes, se oyó por todas partes una salvaje gritería. Lanzáronse de la espesura los dakois y cayeron sable en mano sobre la pequeña escolta. La lucha no duró mucho tiempo. A pesar de los valerosos esfuerzos de un viejo sargento irlandés, huyeron los cipayos. Los que no tuvieron tiempo para huir se tiraron al suelo boca abajo.

Prudente como un indio Gopaul había fingido hasta el último momento defender el convoy. Cuando vio seguro el triunfo de los dakois, arrojó la máscara. Fué su primer movimiento correr hacia el palanquin de Vilhelmina. La joven que se había despertado sobresaltada con el estruendo del combate, iba á saltar sobre su caballo para tratar de huir. Cogióla en sus brazos Gopaul arrancándola la brida de las manos. Vilhelmina le rechazó violentamente, y le cruzó la cara con el pomo de plata de su látigo. Aunque corría la sangre de la megilla de Gopaul, no soltó éste su presa.

—Tú me las pagarás mas tarde, hermosa blanca de los ojos azules, dijo á la joven con una sonrisa infernal. Nada podrá ya arrancaros de mis brazos. La hija del orgulloso coronel no saldrá ya jamás de mi harem.

—¡Primero me mataré! exclamó Vilhelmina con energía. ¡Socorro! ¡Socorro!

Agitáronse en aquel momento las matas de los juncos, y se oyó el ligero ruido causado por el rápido paso de muchas personas que se deslizaban al través del bosque. Como venia ese ruido del lado opuesto á la retaguardia, único punto por donde se temia un ataque, Gopaul creyó que eran los dakois que se reunían á su jefe.

De repente Fitzmoor seguido de una veintena de cipayos salió de entre los juncos á dos pasos de Vilhelmina.

Cuando Gopaul vio que el capitán le apuntaba con una pistola, echó á huir teniendo cuidado de mantener á Vilhelmina entre él y los cipayos.

—¡No tireis! gritó el capitán, que temia que una bala mal dirigida hiriese á la joven.

Corrió hacia ella.

—¿No teneis ningun mal? le preguntó con una voz tan

AÑO XVIII. 32.

conmovida, tan trémula que miss Mac-Slane se sintió penetrada al oírla hasta el fondo de su corazón.

—No, capitán; gracias al cielo habeis llegado á tiempo.

—¡Bendito sea Dios! respondió con la mas profunda alegría.

Puso á la jóven bajo la custodia de diez cipayos mandados por un viejo sargento en el que tenia toda su confianza.

—Con vuestra cabeza me respondereis de ella, dijo á los cipayos. Cien rupias de recompensa si á mi vuelta la halló sana y salva. Fusilados todos si la ocurre el menor accidente.

Reunió el resto de sus hombres, y levantó su espada, dando dos agudos gritos que dominaron el tumulto. Colocados alrededor de Narain-Visumbar los dakoits en número de cerca de ciento, se lanzaron sobre la corta fuerza de Fitzmoor.

En el mismo instante apareció de pronto en el camino el resto de la escolta del lado opuesto á donde peleaba Fitzmoor y cargó bruscamente sobre los dakoits, cogidos entre dos fuegos. Sostenidos sin embargo por la voz de su gefe, y por la vista del tesoro que habian comenzado ya á saquear, los bandidos se batieron valientemente. Hubo un instante en que estuvo indeciso el resultado de la lucha. A pesar de su terror y del peligro á que se hallaba espuesta Vilhelmina, no podía separar sus ojos del combate. Sus miradas buscaban á Fitzmoor. Muy pronto le descubrió montado sobre un caballo que acababa de quitar al gefe de los dakoits. En el mismo instante Gopaul mató al sargento europeo que mandaba la retaguardia. Aterrados con aquella pérdida vacilaron un instante los cipayos, algunos echaron á correr huyendo. Fitzmoor dió un grito de furor, y se puso de pié sobre sus estribos blandiendo su sable. Despues, clavando sus espuelas en los ijares del caballo, se lanzó sobre los dakoits derribando á cuantos intentaban detenerle. Atravesó así toda la línea enemiga y mató de un pistoletazo á un cipayo rebelde que acababa de dispararle un tiro á boca de jarro. En el momento en que llegaba cerca de la retaguardia, cayó al suelo su caballo atravesado de heridas. Cargaron sobre él los dakoits, pero Fitzmoor se levantó de un brinco. Algunos minutos despues se hallaba entre sus soldados.

Los cipayos guiados por un gefe europeo se baten valerosamente. La vista de su capitán bastó para volverlos á rehacer y pelear. Dieron á Fitzmoor su caballo que no habia podido llevar al atravesar los juncas. Despues los cipayos cargaron á su vez sobre los dakoits.

—¡Al capitán! ¡al capitán! gritaron Narain y Gopaul, que comprendian que el éxito del combate dependia de la vida de Fitzmoor.

Siete ú ocho dakoits se colgaron de la brida y de las crines del caballo del capitán.

Cubierto de sangre, con el ojo despidiendo fuego, Fitzmoor metía sus espuelas en los ijares del caballo, que se alzaba de manos y daba botes levantando á dos ó tres dakoits colgados de las bridas. Bien pronto caian al suelo los bandidos con el pecho atravesado de una estocada ó abierto el cráneo con un golpe de la culata de las pistolas. Reemplazábanlos otros al punto, y tenian la misma suerte.

Era digno de verse Fitzmoor en aquel momento. Parecia á uno de los héroes de Homero. Sabia que le seguian

las miradas de miss Mac-Slane, que admiraba desde lejos su valor é inaudita bizarría.

Hubo un instante en que la bella jóven creyó perdido á Fitzmoor. Un indio habia saltado á la grupa de su caballo. Habia cogido con una mano el cuello del capitán, y con la otra trataba de darle de puñaladas. Al mismo tiempo llegaba á galope Narain con el sable levantado para herir al capitán. Vilhelmina arrojó un penetrante grito, é instintivamente lanzó su caballo hácia donde estaba Fitzmoor. A pesar del estruendo del combate el capitán oyó el grito de la jóven. Se volvió haciendo dar un bote á su caballo, cogió por un brazo al indio, que se tambaleó con el movimiento. Lo levantó de la silla y lo arrojó á tierra con una fuerza irresistible. Apenas se habia desembarazado de aquel adversario cuando Narain le dió un terrible sablazo. Por fortuna se escurrió la hoja resbalando en la chapa de plata de su schacó. Fitzmoor contestó con una estocada que hirió gravemente al dakoit. Los mórtales son generalmente excelentes ginetes. Narain habia servido además en un cuerpo de caballería irregular. Tenia tambien la ventaja grande en estas circunstancias de montar un caballo mas fresco que el de su contrario, y estaba mejor equipado para combatir á caballo; empero en aquel momento ningun hombre hubiera podido resistir al capitán. Su enérgica y nerviosa naturaleza, violentamente sobreescitada, le daban una fuerza, una agilidad increíbles. A pesar de los dakoits que nuevamente habian cargado sobre él, alcanzó á Narain y le pasó el vientre con su sable. Cayó el bandido, agarrándose á las crines de su caballo, que salió á escape y arrojó al medio del camino el cuerpo inanimado de su ginete.

Desanimáronse los dakoits al ver caer á su gefe. El capitán se lanzó en medio de ellos. Buscaba sobre todo el encontrarse con Gopaul, que hacia los mayores esfuerzos por contener la fuga de los dakoits. A su alrededor combatian algunos cipayos que Gopaul habia arrastrado en su traicion. Cuando estos vieron llegar á su capitán, no tuvieron valor de aguardar el ataque de su antiguo amo y señor. Desbandáronse al primer choque, arrojaron las armas y huyeron en todas direcciones.

Desmoralizados por la muerte de su gefe y la fuga de los cipayos, ya no resistieron mas los dakoits. Echaron á correr y desaparecieron entre los juncos. Gopaul, que casi habia quedado solo, montó en un caballo y huyó á todo escape. En vano quiso perseguirle Fitzmoor, empero su caballo, muerto de cansancio y cubierto de heridas, no podía ya luchar en ligereza con el bandido.

Ademas los cipayos, que habian venido al paso de carga, se hallaban estenuados de fatiga. Fitzmoor tuvo que retroceder á pesar suyo.

Reunió su pequeña escolta, y dió las gracias á los cipayos, á los que ofreció una generosa recompensa. Luego, despues de haber echado una ojeada sobre miss Mac-Slane, y haberse asegurado de que no habia recibido ninguna herida, se ocupó de tomar las medidas y precauciones necesarias para poner la escolta y el tesoro á cubierto de un nuevo ataque. Bajo su inteligente direccion, abrieron los cipayos un hoyo y formaron á su alrededor una especie de fortificacion con ramas de árboles y tierra. Al vigilar los trabajos visitaba los carros Fitzmoor. Faltaban solo del convoy tres sacos, conteniendo cada uno mil rupias. Uno

de estos sacos fué luego encontrado algunas horas mas tarde en el bosque. La pérdida del tesoro fué muy corta relativamente al valor del convoy.

Mientras que el capitán olvidaba sus fatigas y sus heridas, para cumplir hasta lo último sus deberes de comandante, contaba á su aya la bella Wilhelmina todos los incidentes de que habia sido testigo. Fiel á su mision la viuda no habia ni un momento abandonado á su pupila, pero asustada habia cerrado los ojos durante el combate para no ver nada.

Wilhelmina hizo invitar á comer al capitán. No aceptó éste el convite, á pretexto de tener importantes ocupaciones.

—¿Me guardará rencor de lo que le dije ayer? se preguntaba á sí misma la jóven. Y lo peor es que tendria razon. ¡Injusta y cruel fué con él!

Esta idea la atormentó durante toda la comida. Al llegar á los postres ya no pudo resistir mas. Arrojó la servilleta sobre la mesa y salió de la tienda.

Después de haber en vano buscado con la vista á Fitzmoor, Wilhelmina dió algunos pasos por el campamento.

—¿Ha comido ya tu amo? preguntó al criado del capitán, al que por casualidad encontró.

—No, señora, respondió el criado; el amo no ha comido. Allí está, prosiguió señalando á un grupo de árboles situado á algunos pasos.

VI.

DOS CORAZONES HECHOS PARA ENTENDERSE.

Dirigióse Wilhelmina al pronto hácia otro lado, pero sin saber cómo llegó inmediata al sitio que acababa de indicarle el criado.

Vió entonces al capitán acostado sobre la tierra á algunos pasos del foso que estaban abriendo. Dormia con un profundo sueño. Tenia todavía sus vestidos cubiertos de polvo y de sangre. Sus demacradas facciones, tranquilas y serenas con el descanso, tenian una admirable expresion de tristeza y de bondad. Vefase que hasta el último momento habia luchado contra la fatiga y el sueño.

Imposible seria espresar todos los pensamientos que en un instante atravesaron por la imaginacion de la jóven. Fijos sus ojos sobre aquel hombre que dormia se llenaron de lágrimas. Ella misma no se apercibió de ello. ¿Por qué lloraba? ¡No hubiera sabido decirselo! En su emocion habia un poco de todo, compasion, agradecimiento, remordimientos é interés.

Fitzmoor se despertó de pronto. Cogida de improviso y tan turbada cual si ella misma acabase de despertar sobresaltada, Wilhelmina se quedó delante de él toda confusa y cortada.

—¡Miss Mac-Slane! exclamó el capitán levantándose precipitadamente. ¿Qué hay? ¿correis algun peligro?

—No, capitán, respondió la jóven afectada vivamente de la inquietud y profundo interés que revelaban las palabras de Fitzmoor. Pero ya que desdenais el ir á que os dé las gracias, es preciso que yo venga, añadió con una sonrisa de dulce reconvenccion.

—Me ocupaba de vuestra seguridad, respondió Fitzmoor bajando los ojos.

—Lo sé... capitán, exclamó la jóven, no siendo ya dueña de contenerse por mas tiempo; sois un noble y escelente corazon, y yo una tonta y una ingrata. Dadme la mano y dejadme que os pida perdon.

Al acabar de proferir estas palabras con trémula y conmovida voz, Wilhelmina cogió la mano de Fitzmoor y la estrechó vivamente entre sus dos lindas manos blancas.

Una lágrima silenciosa brilló bajo los hinchados párpados de Fitzmoor.

—No teneis ningún perdon que pedirme, murmuró tratando de dar firmeza á su voz.

—Sí, capitán, sí. He sido muy injusta con respecto á vos, y me arrepiento sinceramente porque no conozco un hombre que me inspire mas estimacion.

Hubo un momento de silencio. Sin pesarle de las palabras que acababa de pronunciar en un primer momento de entusiasmo, se encontraba Wilhelmina con cierta corteidad y embarazo. Su reserva de jóven luchaba con su franqueza y la necesidad que tenia de reparar su injusto desden con el capitán. No sabia cómo retirar su mano que por un involuntario movimiento de gratitud habia cogido entre las suyas Fitzmoor sin atreverse á soltarla ni estrecharla. Por último Wilhelmina dió un paso hácia atrás y desprendió suavemente su mano, dirigiendo al capitán una dulce y afectuosa sonrisa que casi parecia una compensacion.

—Señorita, dijo Fitzmoor, permitidme que os suplique que no os detengais mas aqui, estamos á dos pasos de los juncos. Los dakoits pueden muy bien estar ocultos en el bosque y enviaros alguna bala ó alguna flecha. Os ruego que os volvais á vuestra tienda.

—Pongo una condicion.

—¿Cuál?

—Vais á venir á acompañarme y comereis con mi aya y conmigo.

—Os doy las gracias, señorita, pero yo ya he...

—Capitán, le interrumpió Wilhelmina, que le amenazó con el dedo sonriéndose, no mintais, sé que no habeis comido.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Yo lo sé

—Pero vos, señorita, habeis comido ya.

—Ahora os pregunto yo ¿cómo lo sabeis?

—Yo lo sé, respondió el capitán, imitando la inflexion de la voz de la jóven.

En medio de sus graves preocupaciones habia sabido en efecto encontrar tiempo de informarse de este detalle, y asegurarse de que el cocinero de miss Mac-Slane tenia las provisiones suficientes para la comida de su señora. Wilhelmina adivinó aquella atencion, y casi sin saberlo dió las gracias al capitán con una espresiva mirada.

—Verdad es, dijo, pero me hallaba entonces tan trastornada que no he podido comer. Os aseguro que ahora tengo muy buen apetito... Si todavía reusais mi convite, añadió, creeré que me guardais rencor.

Tanto insistió y de un modo tan gracioso, que Fitzmoor se vió obligado á ceder: no deseaba otra cosa en el fondo de su corazon.

Una hora después se habia servido una nueva comida en la tienda de miss Mac-Slane, que hacia grandemente los honores de su mesa. Habia recobrado la jóven el apetito con su buen humor. En cuanto al aya, que ya antes

había comido muy bien, se sentó á la mesa, como decia, por acompañar á los dos jóvenes; pero comió el doble que su pupila y el capitán.

Estos hablaban mas que comían. Comenzaban los dos á comprenderse y á juzgarse mejor. Bajo las apariencias de la coquetería y genio caprichoso de Wilhelmina, descubría el capitán un excelente corazón y un juicio mas sano y mas recto de lo que él se había figurado. En cuanto á la joven, quizá por la primera vez veía á Fitzmoor hablar con confianza. Reconocía á cada instante en él nuevas cua-

lidades que había mirado hasta entonces como incompatibles con el frío y severo exterior del capitán.

Contóle éste cómo se había gobernado para llegar tan oportunamente á su socorro. Desconfiando de Gopaul había mandado á los cipayos que llevaba consigo, siguiesen á la vanguardia lo mas cerca que pudiesen sin arriesgar el ser vistos. En cuanto á él, había marchado á todo escape á verlo que pasaba en la retaguardia. Inmediatamente adivinó que se trataba de un fingido ataque. Volvióse apresuradamente atrás, y tomó con sus cipayos el partido de atravesar



Wilhelmina en palanquin.

el bosque. Gracias á su diligencia había logrado adelantarse á la columna. Habían continuado marchando así, siempre delante, alejándose solo lo preciso para que Gopaul no se apercibiese de la vecindad que tenía.

Quería el capitán estar en estado de acudir al primer tiro; empero, desgraciadamente, se había visto obligado á dar un rodeo para evitar encontrarse con las tropas de Narain, cuya marcha había oído á lo lejos al través del bosque, retardado por este incidente, no había llegado sino justamen-

te á tiempo de salvar el precioso depósito que le había confiado el coronel.

Todo esto fué contado sencillamente, sin vanidad y sin falsa modestia. Era evidente que Fitzmoor, antes y después del combate, no había pensado un instante en sí propio. Todos sus pensamientos se habían concentrado en miss MacSlane. La felicidad de verla sana y salva era la sola, la única recompensa que ambicionaba.

Pasóse aquella tarde como un delicioso sueño para los

dos jóvenes; lo mismo sucedió los días siguientes. Ni la mas ligera nube vino á turbar su intimidad y el placer que encontraban en hablar y estar juntos.

Dos días antes de llegar á Bellora volvió á aparecer la tristeza en el rostro del capitán. Mostraba siempre el mismo

apresuramiento por hablar con Wilhelmina, la prodigaba las mismas delicadas atenciones y cuidados; pero ya no se sonreía. Sus ojos quedaban frecuentemente fijados en el vacío con una profunda espresion de desaliento.

—¿Qué teneis? le preguntaba entonces miss Mac-Slane.



Alto en el camino de Bellora

—Nada, respondió.

Pensaba que dentro de cuarenta y ocho horas tendria que separarse de su linda compañera de viaje. Se oprimia su corazón con este pensamiento.

Algo conocia de esto Wilhelmina; sin embargo, habia en

la conducta del capitán contradicciones que ella no se podia explicar. Sus miradas, su abnegacion en servirla, sus continuas atenciones, todo en él revelaba un profundo sentimiento, aunque por otra parte, jamás dejaba escapar una sola palabra que descubriese el secreto de su corazón.

Tranquilizada por la reserva del capitán Wilhelmina, al mismo tiempo estaba vivamente inquieta por las contradicciones que existían entre las acciones y el silencio de Fitzmoor. Dejábale algunas veces arrastrar por su curiosidad, y se valía de mil medios para hacer que se declarase el capitán: pero de nada servían con él estos ardides femeniles. Todas las veces que la conversación ponía á Fitzmoor en el caso de dar una respuesta que revelase el estado de su alma esquivaba la dificultad, ó no respondía.

Únicamente tomaba entonces su rostro una expresión de tristeza que excitaba mas y mas la curiosidad de miss Mac-Slane.

En la noche que precedió á la llegada del convoy á Bellora unos *bheels* (rateros) se deslizaron en el campamento, y cometieron algunos robos de poca importancia. Uno de ellos fué cogido; pero los otros se escaparon, metiéndose en los bosques, Fitzmoor los persiguió.

Como tardó bastante en volver, comenzaron todos á alarmarse, y cuando llegó al fin, hacía las nueve de la mañana, Wilhelmina le reprendió vivamente su imprudencia.

Mucho le conmovió el interés que le demostraba la hermosa jóven: y le dió vivamente las gracias, añadiendo después con un sentimiento de indefinible tristeza:

—Ahora ha terminado mi misión. Dentro de algunas horas os habreis reunido á vuestra tía y á vuestros amigos. Poco me importa ya que me maten.

—¿Y vuestra familia? dijo Wilhelmina conmovida con el acento del pobre oficial.

—No tengo mas que parientes lejanos que se cuidan muy poco de mí.

—¿Y vuestros amigos?

—Tenia uno, ese pobre O'Neill, del 12 de cipayos; ha muerto el año pasado del cólera. Era jóven, rico, amado; tenía, en fin, todo cuanto puede hacer feliz y amable la vida. ¡Pobre muchacho! ¿Por qué Dios no me habrá llevado á mí en su lugar?

—¿Luego sois desgraciado? dijo Wilhelmina con el mas dulce acento.

—Nadie está contento con su suerte en este mundo, respondió el capitán, tratando de sonreírse y de generalizar la conversación.

—Evitais responderme, capitán, replicó Wilhelmina; y haceis muy mal. ¿Dudais de mi discreción, de mi amistad?

—¡Oh! no; pero esta tarde vamos á separarnos tal vez para siempre.

—Es preciso esperar que no, dijo vivamente la jóven. Mi tía y mi tío se alegrarán muchísimo de poderos dar las gracias por todas las bondades que habeis tenido conmigo. Por mi parte, estad muy seguro, capitán, de que jamás olvidaré que os debo la vida y el honor. Siempre sereis mi mejor amigo.

Fitzmoor meneó tristemente la cabeza.

—¿Dudais de mí? exclamó con viveza la jóven.

—No, miss Wilhelmina; pero temprano ó tardellega en la vida de una jóven un día en que se borran todas esas antiguas amistades, y deben borrarse, ante otro sentimiento mas poderoso y mas celoso. Buena, amable y hermosa como sois, os vereis rodeada de adoradores en Bellora, como lo estáis en Mysora. Temprano ó tarde hablará vuestro corazón..... si es que ya no ha hablado, añadió reprimiendo su emoción.

—¿A quién quereis aludir? dijo Wilhelmina, poniéndose colorada de rubor.

—A nadie en particular, señorita, replicó Fitzmoor con un tono mas tranquilo. Yo no me permitiría.....

—Perdonadme, capitán, le interrumpió Wilhelmina, pensábais en alguno, lo he visto bien en vuestros ojos.

—¡Ah! ¡si pudiérais leer en mis ojos todo lo que yo pienso! exclamó con un ímpetu mas fuerte que su voluntad.

—¿El qué? dijo Wilhelmina con una voz un poco trémula, con una mezcla de temor y de curiosidad.

El capitán había logrado reponerse ya, y recobrar sobre sí todo su imperio.

—Seria peligroso para mí, respondió, tratando de sonreírse y de echar la cosa á broma.

—Está muy bien, dijo la jóven, que fingió ofenderse de la reserva del capitán. Veo que me tratáis como á una niña, y que mirais con desden el interés que se os manifiesta. No hablemos mas ya de esto. Tratemos de cosas indiferentes, de modas, de bailes, pues que no me creéis capaz de hablar sino de semejantes asuntos.

(Se concluirá.)

LOS JUEGOS FLORALES.

I.

Instituciones hay cuyo solo nombre parece que halaga nuestro entusiasmo por la belleza, por la poesía, por las gratas y dulces sensaciones que ofrecen á nuestro entendimiento. Los *juegos florales*: ¿cuánto no dice á nuestra imaginación semejante nombre? Recuérdanos desde luego el mes de las flores, la primavera, el estío, esa afortunada época del año en que todo se reanima; en que la naturaleza toda aparece revestida de nuevas y hermosas galas de brillantes y vivos colores. Porque los *juegos florales*, institución tan solemne como poética, especie de certámenes literarios protegidos y acariciados por nuestros antiguos monarcas, apreciados por nuestros antepasados, es una de aquellas instituciones de la edad media, que si bien cayó en desuso cuando se desmoronó el edificio social de aquella época, para dar paso á nuevas sociedades y á nuevos tiempos, nos interesa todavía en tales términos que hoy se pretende obtener su renacimiento, y no solo se pretende sino que se inaugura en Barcelona con resultados felices para la literatura.

Vamos á hacer una ligera reseña de lo que eran durante la edad media los juegos florales. Cuando en el siglo XIII florecía con todo su esplendor en el Mediodía de la Francia la poesía de los trovadores, á pesar de sufrir aquellos territorios el embate de los disturbios políticos y de las guerras religiosas, el entusiasmo por la literatura provenzal no se perdió. Débiles y apagados eran los ecos que los trovadores arrancaron á su lira durante tan calamitosos tiempos; pero no faltó quien á principios del siguiente siglo se reuniese con el laudable propósito de infundir nueva vida á la poesía provenzal; juntándose en una especie de academia ó certamen anual que asegurase su buen propósito.

En efecto, puestos de acuerdo algunos poetas en la ciudad de Tolosa, concertaron congregarse é invitar para una

reunion literaria á todos los que cultivaban la poesía, ofreciéndoles ciertos premios y recompensas. En 1324 fué cuando tuvo lugar la primera reunion de los trovadores que se llamó *compañía de la gaya ciencia*, y tambien consistorio del *gay saber*, nombres que pudieron cambiarse en el de *juegos florales* porque se celebraban en el primer día del mes llamado de las flores y eran flores, ya de oro, ya de plata ó naturales, las que se daban en galardón á los poetas. A tal extremo llegó la afición por esta clase de certámenes poéticos, que una distinguida dama de Tolosa llamada Clemencia Isaura, dejó al morir una gran parte de sus bienes para sostener los juegos florales, disponiendo que todos los años se distribuyesen cuatro flores de plata sobredoradas, una englantina ó zarza-rosa, una caléndula, una violeta y un clavel. De Tolosa pasaron estas costumbres á la corte de Barcelona, bien fuese que se hubiese reunido en ella gran número de trovadores, atraídos por el esplendor y munificencia de los monarcas aragoneses, ó que estos mismos desearan promover en sus estados el mejor gusto por la poesía. Diversos son los pareceres, suponiendo unos que don Juan I envió una embajada á Francia deseando que dos de los *mantenedores* de la academia de Tolosa viniesen á fundar en Barcelona un consistorio de *gaya ciencia*: otros creen nacida la institución catalana solo con el apoyo de aquel monarca, sin necesidad de auxilios extranjeros. Es lo cierto que el primer documento auténtico acerca de la creación de la academia del *gay saber* de Barcelona en 1393, es un diploma en que el rey don Juan nombra á los caballeros don Luis de Aversó y don Jaime March, distinguidos poetas y caballeros de su corte, para que establezcan en la mencionada ciudad una academia parecida ó igual á la de Tolosa. He aquí una relación coetánea de lo que se hacía en el consistorio de Barcelona, cuando se encontraba en esta ciudad don Enrique de Villena.

«E llegado el día prefijido congregábanse los *mantenedores* é *trovadores* en el palacio donde yo estaba, y desde allí partíamos ordenadamente con los vergüeros delante é los libros del arte que traían y el registro ante los *mantenedores*; é llegados al dicho capitol, que ya estaba aparejado ó emparamentado de paños de pared al derredor é fecho un asiento de frente con gradas en donde estaba don Enrique en medio, é los *mantenedores* de cada parte, é á nuestros pies los escribanos del consistorio é los vergüeros mas abajo, é el suelo cubierto de tapicería é fechos dos círculos de asientos donde estaban los trovadores, é en medio un bastimento cuadrado tan alto como un altar cubierto de paños de oro, é encima puestos los libros del arte é la joya, é á la mano derecha estaba la silla alta para el rey, que las mas veces era presente, é mucha otra gente que se ende allegaba: é fecho silencio levantábase el maestro en teología, que era uno de los *mantenedores*, é facia una presuposición con su tema y sus alegaciones y loores de la *gaya ciencia* é de aquella materia de que se habia de tratar en aquel consistorio é tornábase á sentar. E luego uno de los vergüeros decia que los trovadores allí congregados esparidieren y publicasen las obras que tenían fechas de la materia á ellos asinada, é luego levantábase cada uno é leia la obra que tenia fecha, en voz inteligible, é traíanlas escritas en papeles damasquinos de diversos colores con letras de oro é de plata é iluminaduras hermosas lo mejor que cada uno podia; é desque todas eran publica-

das cada uno las presentaba al escribano del consistorio.

«Teníanse despues dos consistorios, uno secreto y otro público. En el secreto facian todos juramento de juzgar derechamente, sin parcialidad alguna, segun las reglas del arte, cuál era mejor de las obras allí esaminadas é leidas puntualmente por el escribano... E todas asi requeridas, á la que era hallada sin vicio, ó á la que tenia menos, era juzgada la joya por los votos del consistorio.

«En el público congregábanse los *mantenedores* é *trovadores* en el palacio, é don Enrique partia dende con ellos, como está dicho, para el capítulo de los frailes predicadores; é colocados é fecho silencio, yo les facia una presuposición loando las obras que ellos habian fecho, é declarando en especial cuál de ellas merescia la joya, é aquella la traía ya el escribano del consistorio en pergamino bien iluminada, é encima puesta la corona de oro, y firmábala don Enrique al pie, é luego los *mantenedores*, y sellábala luego el escribano con el sello pendiente del consistorio, é traía la joya ante don Enrique, é llamado al que lizo aquella obra, entregábale la joya é la obra coronada por memoria, la cual era asentada en el registro del consistorio, dando autoridad é licencia para que se pudiese cantar é en público decir.

«E acabado esto tornábamos de allí á palacio en ordenanza, é iba entre dos *mantenedores* el que ganó la joya, é llevábale un mozo delante la joya con ministriles y trompetas, é llegados á palacio hacíales dar confites é vino; é luego partían dende los *mantenedores* é *trovadores* con los ministriles é joya, acompañando al que la ganó fasta su posada, é mostrábase aquel advantage que Dios y natura hicieron entre los claros ingenios y los oscuros.»

Los juegos florales de Barcelona se mantuvieron en mas ó menos floreciente estado, hasta que en la segunda mitad del siglo XV deja de hablar de ellos la historia, probablemente por haber interrumpido sus gratas y pacíficas tareas la guerra entre don Juan II de Aragon y los parciales de su hijo el malogrado príncipe de Viana. Desde el siglo XV, pues, cayeron en desuso hasta que recientemente han renacido en Barcelona, merced á los esfuerzos de los ilustrados escritores catalanes don Manuel Milá, don Joaquín Rubió, don Juan Cortada, don Víctor Balaguer, don Luis Pons, don Miguel Victoriá Amer y don Antonio de Bofarull, los cuales enviaron programas de los certámenes y de los premios á todos los amantes de la poesía. Inmediatamente otras ciudades han imitado el ejemplo de Barcelona, multiplicándose los *juegos florales* en todas partes, respondiendo los poetas á la invitación de los *mantenedores* con composiciones tan bellas y tan variadas como excelentes.

Para dar una idea del género de algunas de estas composiciones, llenas casi todas de entusiasmo por las glorias patrias, damos á continuación la traducción en prosa de la hermosa poesía catalana premiada en el primer certamen de Barcelona, cuyo título era: *Desembarco de los almogavares en Oriente*. Débese á la pluma de don Dámaso Calvet.

I.

«Allá en Oriente, como del fondo del mar Rojo, levantábase un día la luna por entre enrojecidas nubes: las olas embravecidas inundaban territorios, llenando de luto los

templos del Señor. Hasta la Grecia, perdidas las esperanzas, temía al turco y olvidaba sus gloriosos recuerdos, viendo eclipsarse el sol del Gólgota mientras fatídico se remontaba el astro del Islam.

«El mar borra sus playas; los reinos sus confines; el ardiente Simoun trasplanta la arena en montes. Las rojas cabelleras de los cometas no duran muchos días. La verdad sola luce eternamente.

«Junto á la playa en donde Tiro repartía sus púrpuras á los reyes, y en un templo colocado en la cima de elevada montaña, los habitantes de la comarca alzaban al Señor sus plegarias. La oración volaba á los pies de su trono, como el perfume de la flor primera; desde allí contemplaba Dios el Universo.

«De pronto, el sonido de una campana turba el silencio. Y á esta señal, los corazones de aquellas gentes palpitaron de gozo, cual goza el marinero que en medio de tempestuosa noche ve á la luz de los relámpagos iluminadas las playas.

«Como inspirados, todos salen fuera del templo esclamando: *¡Los catalanes son, son ellos!* al ver jaspeadas las olas con el surco de las flotantes quillas aragonesas.—¡Respira, oh patria, que si alguna vez cubren las nubes el horizonte, jamás se oscurece el cielo de los buenos!»

«Cual bandada de golondrinas al contemplar sus montes en lontananza, así bajan corriendo á la ribera para abrazar á los catalanes. Las madres quedan con sus hijos en la cima para enseñárselos desde allí, que la alegría es á los corazones lo que la lluvia á los campos: reanima las yerbas estenuadas á despecho del huracán. Hasta las aguas, humildes esclavas, corren á besar los bajeles, y las auras que mecieron los penachos de los vencedores, que empujaron las tajantes proas y que trajeron los dulces cánticos de Homero, se disputan juguetonas el momento de acariciar nuestra enseña. Entretanto, el eco repite los alaridos de guerra que devuelven las rocas con ronco y oscuro sonido.»

III.

«Ya han desembarcado. Las huellas de sus pasos serán respetadas por las olas, por los huracanes, por el tiempo. ¡Plaza, plaza á los que con sus robustos brazos ganaron reinos para su patria y cetros para sus monarcas!

«¿Cómo anhelan los peligros y echan á menos las batallas! Por ellos hablará su piel curtida, su cuerpo lleno de cicatrices. El mismo bronce muda de color, las murallas llegan á ennegrecerse, y se destruye el hierro espuesto á la intemperie.

«Con flechas en la espalda, hachas en la cintura, la adarga en la mano izquierda y la cortante espada, se abalanzan hácia el enemigo, sin otra armadura que un mal vestido de cuero y un abollado capacete.

«Las mugeres, tan bravas como ellos, siguen sus pisadas y dan de mamar á sus hijos en medio de las batallas. Entonces es cuando estos adquieren su ardor y valentía, y todavía niños van siguiendo el ejército de sus padres.

«Restos de aquellas hordas que abandonaron los hielos,

adoran como á un monarca al que les conduce á la pelea. Nacidos en medio de las selvas; jamás fueron subyugados, pues eran aun niños cuando ya los adormían con cánticos de libertad.

«Roger despierta su coraje en las batallas. Conócenle mas tierras que pantas tiene Monserrate. Su yelmo es su bandera, que les guía al sitio del peligro: delante de él camina la victoria.

«Vedlo desembarcar. Sus miradas son ardientes. ¿Que busca? ¿Qué le enoja?—¿Dónde están los enemigos?—¡Mal hayan estas ondas y estas dulces brisas que no rasgan ni una sola vela, ni nos muestran peligro alguno!»

IV.

«¿Buscas sarracenos? dicen á Roger los soldados todos; por allí vienen, y se estienden cobardemente por la montaña... ¿Qué importan las peñas para los corazones valientes! ¿Y quién regresaría á su casa sin embotar las armas en sus venas! *¡A ellos! ¡San Jorge! ¡Santa María! ¡A herir! ¡Aceros, despertad! ¡A herir!*

«Carecemos de tiendas, pues á ganarlas: llevar la mano á la espada, y avancemos, muchachos. Mostrémosnos dignos al desenvainarlas de eterna gloria en estos sitios. Hielense nuestros corazones para nuestras esposas: los atambores nos llaman. *¡A ellos! ¡San Jorge! ¡Santa María! ¡A herir! ¡Aceros, despertad! ¡A herir!*

«Trasforme nuestra venida en circo de gladiadores este campo de gloria. Su sangre sea nuestra bebida, y sifránnos de copas sus abollados capacetes. La Grecia confía en nuestras armas: devolvamos la libertad al pueblo. *¡A ellos! ¡San Jorge! ¡Santa María! ¡A herir! ¡Aceros, despertad! ¡A herir!*

«Patria, mugeres, hijos, todos llenos de riquezas siempre nos recibisteis, y ademas vencedores: esta es la empresa de las empresas. Os traeremos armas, trages, pendones. ¡Dios nos auxilia! Señalemos en este día el paso del rayo en sus filas. *¡A ellos! ¡San Jorge! ¡Santa María! ¡A herir! ¡Aceros, despertad! ¡A herir!*

JANER.

UN VIAGE AL FIRMAMENTO.

(Conclusion).

Recorrí con mi Genio, que me llevaba cariñosamente asido de la mano, mas de mil leguas, y por último entramos los dos en un gran planeta, que parecia una ciudad mas poblada que París y Londres. En todas sus calles se veían hombres y mugeres vestidos de diversa manera, y algunos llevaban trages tan raros, que provocaban la risa; pero todos manifestaban en su rostro cierta agitacion de tristeza y dolor, ó de alegría. Vi hombres ataviados tan magnífica y lujosamente, que parecían, cuando menos, duques y marqueses; vi otros cubiertos de andrajos y descalzados. Algunos recorrían las calles sentados en carrozas de armas y escudo con tiros de á seis caballos; otros marchaban